

Niágara
Joyce Carol Oates



A mediados del siglo XX, había en América un lugar de ensueño para cualquier pareja de recién casados: las cataratas del Niágara. Aquellas aguas tan vivas y los lujosos hoteles que las rodeaban prometían una luna de miel fastuosa, bañada en puro almíbar. Ahí, en una de esas habitaciones con almohadas color de rosa y toallas bordadas, se despertó Ariaah Erskine la mañana del 12 de junio de 1950. Pensaba encontrar a su lado al hombre que desde hacía unas horas era su marido, pero la realidad era otra. Tras unos días de búsqueda afanosa, la joven tuvo que asumir que era la viuda de un suicida, ahogado en las turbulentas aguas del Niágara...

Con este arranque trágico y poderoso, Joyce Carol Oates empieza a hilvanar la vida de Ariaah, una mujer que tras un rostro pálido y un cuerpo poco agraciado esconde un carácter firme y una sensualidad peculiar. Quien va a descubrir estos encantos es Dirk Burnaby, un abogado que pronto se convertirá en su segundo marido, y juntos vivirán en una casa cerca de las cataratas. Con el nacimiento de tres preciosos niños, el retrato de la familia feliz parece completo, pero el agua maldita del Niágara volverá a reclamar sus víctimas, dejando un rastro de odio que solo el tiempo sabrá curar.

Para Nancy Van Goethem y Larry Joseph

La cruel belleza de las cataratas
Que te llama...
¡Ríndete!

M. L. TRAU,
«The Bailad of the Niágara», 1931

Las cataratas del Niágara, que incluyen las cataratas Americanas, Velo de Novia y la enorme Herradura, ejercen en una parte de la población humana, quizá una cifra tan elevada como un cuarenta por ciento (de los adultos), un extraño efecto denominado hidracopsíquico. Se sabe que este trastorno mórbido invalida temporalmente la voluntad aun del hombre más activo y robusto en la plenitud de su vida, como si se hallara bajo el influjo de un hipnotizador maligno. Esta persona, atraída hacia los turbulentos rápidos que hay en las cataratas, puede permanecer largos minutos con la mirada fija como paralizado. Aunque se le hable en el tono más autoritario, no oirá nada. Si se le toca o se le intenta sujetar, tal vez aparte la mano con enojo. Los ojos de la víctima hechizada están fijos y dilatados. Puede que exista una misteriosa atracción biológica hacia la estruendosa fuerza de la naturaleza representada por las cataratas, románticamente malinterpretada como «magnífica», «grandiosa», «divina», y, así, la desdichada víctima se arroja a su funesto destino si nadie se lo ha advertido.

Podemos especular: bajo el influjo de las cataratas, el desventurado individuo deja de existir y, sin embargo, desea hacerse inmortal. Un nue-

vo nacimiento, no distinto de la promesa cristiana de la resurrección del cuerpo, puede ser la más cruel de las esperanzas. La víctima jura en silencio a las cataratas: «Sí, habéis matado a miles de hombres y mujeres, pero no podéis matarme a mí. Porque yo soy yo».

Dr. MOSES BLAINE,
Cuaderno de notas del médico de Niágara Falls,
1879-1905

En 1900, las cataratas del Niágara eran conocidas, para consternación de ciudadanos locales y promotores del próspero comercio turístico, como «El paraíso del suicidio».

Breve historia de las cataratas del Niágara, 1969

PRIMERA PARTE
La luna de miel

La declaración del portero 12 de junio de 1950

Desconocido y anónimo en aquel momento, el individuo que iba a arrojarse a las cataratas Herradura apareció ante el portero del puente colgante de la isla Cabra aproximadamente a las 6:15 de la mañana. Se trataba del primer peatón del día.

«¿Cómo iba a saberlo entonces? No podía. Pero si miro atrás, sí, debería haberme dado cuenta. De haberlo hecho, tal vez le habría salvado».

¡Tan temprano! La hora debía de ser el amanecer, pero aquellas cortinas cambiantes de neblina, bruma y agua pulverizada que ascendían formando continuas nubes ondulantes desde la garganta del Niágara, de cincuenta metros, tapaban el sol. La estación debía de ser principios de verano, pero cerca de las cataratas el aire estaba agitado y era húmedo, abrasivo como finas limaduras de acero en los pulmones.

El portero supuso que el individuo, distraído y extrañamente apresurado, había atravesado directamente Prospect Park desde uno de los antiguos y elegantes hoteles de Prospect Street. El portero observó que el individuo poseía un rostro joven-viejo demacrado, una piel de muñeca de cera, ojos hundidos, como brillantes. Las gafas de montura metálica le daban un aspecto de escolar impaciente. Con su metro ochenta, era larguirucho, delgado, ligeramente cargado de espaldas, como si hubiera estado inclinado sobre un escritorio toda su vida. Caminaba apresurado, con decisión aunque a ciegas, como si alguien le estuviera llamando. Vestía de modo convencional, sobrio, nada de lo

que llevaría el típico turista de las cataratas del Niágara. Una camisa de etiqueta de algodón blanco con el cuello desabrochado, traje oscuro con la americana desabrochada y la cremallera atascada «como si el pobre tipo se hubiera vestido muy de prisa, a oscuras». Los zapatos eran de vestir, de piel negra lustrada «como los que se llevan para asistir a una boda o a un funeral». Los tobillos blancos como la cera, sin calcetines.

«¡Sin calcetines! Con unos zapatos tan elegantes. Eso lo decía todo».

El portero le gritó: «¡Eh!», pero el hombre no le hizo caso. No solo iba a ciegas, sino que también era sordo. Bueno, no oía. Se notaba que tenía la mente fija como una bomba a punto de explotar: tenía que ir a algún sitio, rápido.

El portero le gritó más fuerte. «Eh, señor: la entrada vale cincuenta centavos», pero tampoco esta vez el hombre dio muestras de oír. Con la arrogancia de la desesperación no parecía haber visto la cabina de peaje. Ahora casi corría, sin mucha agilidad y contoneándose, como si el puente colgante se inclinara bajo su peso. El puente se hallaba aproximadamente a un metro ochenta por encima de los rápidos y el suelo de planchas estaba mojado, era traidor; el hombre se agarraba a la barandilla para mantener el equilibrio e impulsarse hacia delante. Los zapatos de suela lisa resbalaban. El hombre no estaba acostumbrado al ejercicio físico. Las relucientes gafas redondas también le resbalaban en la cara y se le habrían caído si no se las hubiera apretado contra el puente de la nariz. El cabello de color rata, que le raleaba en la coronilla del color de la cera, le rodeaba la cara mojada y demacrada formando húmedos rizos.

Para entonces el portero había decidido dejar su cabina de peaje y seguir a aquel hombre tan agitado. Llamó: «¡Señor! ¡Eh, señor! ¡Espere, señor!». Ya había tenido experiencias de suicidio. Algunas veces más de las que deseaba recordar. Llevaba treinta años en el negocio turístico de las

cataratas. Ya había cumplido los sesenta, no podía seguir el paso de aquel hombre más joven. Suplicó: «¡Señor! ¡No lo haga! ¡Por el amor de Dios, se lo ruego: no lo haga!».

Debería haber llamado a emergencias desde la cabina de peaje. Ahora era demasiado tarde para volver.

Una vez en la isla Cabra, el hombre más joven no se paró junto a la barandilla para mirar hacia la costa canadiense, al otro lado del río; tampoco se paró para contemplar la rugiente y tumultuosa escena, como haría cualquier turista normal. Ni siquiera se paró para secarse la cara chorreante, ni para apartarse el pelo de los ojos. «Bajo el influjo de las cataratas. Ningún mortal iba a detenerle».

Pero había que intervenir, o intentarlo. No se puede dejar que un hombre —o una mujer— se suicide, que cometa ese pecado imperdonable ante tus propios ojos.

El portero, sin aliento, mareado, cojeaba tras el hombre más joven gritándole mientras se dirigía hacia la punta sur de la pequeña isla, la punta de la Tortuga, sobre la catarata Herradura. El rincón más traidor de la isla Cabra, pues era el más bello y cautivador. Allí los rápidos adquieren una fuerza frenética. El agua gira formando blanca espuma y se eleva casi cinco metros en el aire. Apenas hay visibilidad. El caos de una pesadilla. La catarata Herradura es una gigantesca cascada de ochocientos metros de largo desde el punto más alto, que cada segundo vierte tres mil toneladas de agua sobre el cañón. El aire ruge, tiembla. La tierra se sacude bajo los pies. Como si la tierra misma empezara a separarse, a desintegrarse en partículas, hasta su centro líquido. Como si el tiempo hubiera cesado. Como si hubiera explotado. Como si te hubieras acercado demasiado al radiante, vibrante y enloquecido corazón de todo ser. Aquí, tus venas, arterias, la minuciosa precisión y perfección de tus nervios quedarán trastornados en un instante. Tu cerebro, en el que resides, ese depósito único de ti, será desmenuzado en sus componentes químicos: células cerebra-

les, moléculas, átomos. Cada sombra y cada eco de cada recuerdo quedará borrado.

¿Tal vez sea esa la promesa de las cataratas? ¿El secreto?

«Como si estuviéramos hartos de nosotros mismos. De la humanidad. Esta es la salida, solo unos cuantos tienen la visión».

A treinta metros del hombre más joven, el portero le vio poner un pie en el barrote inferior de la barandilla. A modo de prueba, en el resbaladizo hierro forjado. Pero las manos del hombre se agarraron con fuerza al barrote superior.

—«¡No lo haga, señor! ¡Señor! Maldita sea...».

Las palabras del portero fueron engullidas por las cataratas. Le volvieron a la cara como un frío escupitajo.

Él mismo estaba al borde del colapso. Este sería el último verano que pasaría en la isla Cabra. El corazón le dolía, le latía con fuerza para enviar oxígeno a su aturdido cerebro. Y le dolían los pulmones, no solo por las punzantes salpicaduras del río, sino por el extraño gusto metálico que tenía el aire de la ciudad industrial que se extendía al este y al norte de las cataratas, donde el portero había vivido toda su vida. «Te agotas. Ves demasiado. Cada vez que respiras te duele».

El portero después juraría que había visto al hombre más joven hacer un gesto de despedida en el instante inmediatamente antes de saltar: un gesto de falso saludo, un gesto de desafío, como podría hacer un escolar descarado a una persona mayor, para provocar; sin embargo, también era una despedida sincera, como se podría hacer a un extraño, a un testigo al que no le deseas ningún daño, al que deseas absolver del más mínimo asomo de culpabilidad que pudiera sentir por dejarte morir cuando podría haberte salvado.

Y al instante siguiente el hombre joven, que había ocupado en exclusiva la atención del portero, simplemente... desapareció.

En una fracción de segundo, desapareció. En la catarata Herradura.

«No es el primero de esos pobres desgraciados que he visto, pero por Dios que será el último».

—Cuando el alterado portero regresó a su cabina de peaje para llamar al servicio de emergencias del condado de Niágara, eran las 6:26 de la mañana, aproximadamente una hora después del amanecer.

La recién casada

1

- **N**o. Por favor, Dios mío. Esto no. El dolor. La humillación. La horrible vergüenza. Pena no, todavía no. El *shock* era demasiado reciente para sentir pena.

Cuando encontró la enigmática nota que su marido le había dejado apoyada en el espejo del dormitorio de la *suite* nupcial del Rainbow Grand Hotel, Niágara Falls, Nueva York, que ocupaban, Ariaah llevaba veintiuna horas casada. Cuando a primera hora de la tarde de aquel día se enteró por la policía de Niágara Falls de que un hombre que se parecía a su esposo, Gilbert Erskine, se había arrojado a la catarata Herradura temprano aquella misma mañana, y había sido arrastrado por las aguas —había desaparecido sin dejar rastro— más allá de los rápidos del Agujero del Diablo, como se llamaba la pintoresca atracción río abajo desde las cataratas, no llevaba casada ni veintiocho horas. Estos eran los hechos, duros y crueles.

—Soy una recién casada que se ha quedado viuda en menos de un día.

Ariaah habló en voz alta, en tono de asombro. Era hija de un ministro presbiteriano muy venerado, ¿eso servía para algo con Dios o con las autoridades seculares?

De pronto Ariaah se golpeó la cara con ambos puños. Quería aporrearse, ponerse negros unos ojos que habían visto demasiado.

—¡Dios mío, ayúdame! No puedes ser tan cruel... no puedes.

«Sí puedo. Necia mujer, claro que puedo. ¿Quién eres tú para escapar a mi justicia?».

¡Con qué rapidez llegó la respuesta! Un insulto que resonó tan claramente en el cráneo de Ariaah que casi creyó que aquellos extraños que la compadecían podían oírlo.

Pero había un consuelo: hasta que se encontrara el cuerpo de Gilbert Erskine en el río y fuera identificado, su muerte era teórica y no oficial.

Ariaah aún no era una viuda, sino todavía una recién casada.

2

... Despertó aquella mañana y se enfrentó al desagradable e incontrovertible hecho de que ella, que había dormido sola toda su vida, volvía a estar sola a la mañana siguiente de su boda. Despertó sola aunque ya no era la señorita Ariaah Juliet Littrell, sino la señora de Gilbert Erskine. Aunque ya no era la hija solterona del reverendo Thaddeus Littrell y señora, de Troy, Nueva York, profesora de piano y canto en la Academia de Música de Troy, sino la esposa del reverendo Gilbert Erskine, recién nombrado ministro de la primera iglesia presbiteriana de Palmyra, Nueva York.

Despertó sola y enseguida lo supo. Pero no podía creerlo, tenía demasiado orgullo. No se permitió pensar: «Estoy sola, ¿verdad?».

Un clamor de campanas de boda la habían seguido hasta allí. Cientos de miles. La cabeza le dolía tanto como si la tuviera en un torno. Sentía las entrañas como si sus intestinos se estuvieran corroyendo y pudriendo. En aquella cama desconocida que olía a ropa húmeda, carne húmeda y desesperación. Dónde, dónde se encontraba, cómo se llamaba

el hotel al que la habían llevado, un paraíso para la luna de miel, y Niágara Falls era la capital mundial de la luna de miel; el pulso le latía con tanta violencia en la cabeza que no podía pensar. Había estado casada tan poco tiempo que poco sabía de su esposo, aunque le parecía plausible (Ariah se decía esto a sí misma como una niña asustada podría contarse una historia para mantenerse a salvo) que Gilbert solo se hubiera bajado de la cama con sigilo y estuviera en el cuarto de baño. Se quedó tumbada inmóvil para oír ruido de grifos, de una bañera que se vaciaba, de la cadena del retrete, esperando oír a pesar incluso de que sus sensibles nervios se resistían a ello. La turbación, el azoramiento, la vergüenza de semejante intimidad eran nuevos para ella, como la intimidad del matrimonio. El lecho matrimonial. No había lugar para esconderse. La acre brillantina de él y la tímidamente dulce colonia Lirio del Valle de ella en colisión. Solo Ariah y Gilbert, a quien nadie llamaba Gil, juntos a solas jadeantes y sonrientes y decididos a mostrarse alegres, agradables y educados el uno con el otro como siempre habían hecho antes de que la boda les uniera en santo matrimonio, salvo que Ariah sabía que algo iba mal, de golpe había salido del cálido estupor de su sueño para dar con esta conclusión: «Se ha ido. Se ha ido. No puede haberse ido. ¿Adónde?».

¡Maldita sea! Ella era una tímida recién casada. Así la veía el mundo y el mundo no estaba equivocado. En el mostrador de recepción del hotel había firmado, por primera vez, señora Ariah Erskine, y se había sonrojado. Virgen, a los veintinueve años. Inexperta con los hombres como con cualquier otra especie de ser. Mientras permanecía tumbada atormentada por el dolor no se atrevía siquiera a estirar el brazo en la enorme cama por miedo a tocarle. No quería que él malinterpretara su gesto.

Casi tuvo que recordar su nombre: Gilbert. Nadie le llamaba Gil, ninguno de los parientes Erskine a los que había conocido. Posiblemente amigos suyos en el seminario de

Albany le habían llamado Gil, pero esa era una parte de él que Ariaah aún no había visto y no podía suponer. Era como discutir con él de la fe religiosa: se había ordenado ministro presbiteriano de muy joven y por tanto la fe era su terreno profesional, no el de ella. Llamar a este hombre por el diminutivo campechano de Gil habría sido un gesto demasiado familiar para Ariaah, su prometida que acababa de convertirse en su esposa.

Con su tono tenso y tímido él la había llamado «Ariaah, cariño». Ella le llamaba «Gilbert», pero tenía planeado que en un momento de ternura, como en una escena romántica de una película de Hollywood, empezaría a llamarle «querido»; tal vez incluso «Gil, querido».

A menos que todo aquello hubiera cambiado. Esa posibilidad existía.

En la recepción de la boda había tomado una copa de champán, y otra —o dos— en la habitación del hotel la noche anterior, nada más, y sin embargo nunca se había sentido tan drogada, tan destrozada. Tenía las pestañas pegadas como con pegamento, en la boca notaba un sabor ácido. No soportaba la idea: había estado durmiendo así, comatosa, con la boca abierta como un pez.

¿Había roncado? ¿Lo había oído Gilbert?

Intentó oírle en el cuarto de baño. La anticuada fontanería chillaba y rugía, pero no cerca. Sin embargo, seguro que Gilbert estaba en el cuarto de baño. Probablemente se esforzaba para no hacer ruido. Durante la noche había utilizado el baño. Intentando disimular sus ruidos. Haciendo correr el agua para disimular... ¿O había sido Ariaah, que con desesperación había abierto los dos grifos del lavabo? Ariaah, con su camisión de seda de color marfil manchado, balanceándose y tratando de no vomitar, pero al final vomitó en el lavabo, sollozando.

«No. No pienses en ello. Nadie puede obligarte».

El día anterior, al llegar a media tarde, a Ariaah le había sorprendido que en junio el aire fuera tan frío, tan húmedo.